

El balance del imperialismo americano en los últimos treinta años (1945-1975) es bastante desigual. En Asia ha perdido áreas de decisiva importancia —China y gran parte del Sudeste—, pero ha logrado reafirmarse en zonas críticas, como Indonesia, y ha consolidado su penetración económica en la India. En las restantes áreas mundiales, el saldo le es más claramente favorable. En Sudamérica, la revolución ha quedado confinada en Cuba y la contrarrevolución ha avanzado victoriosamente en Brasil, Bolivia, Uruguay y Chile, ha bloqueado el movimiento populista en Argentina y neutralizado las acciones de las burguesías nacionales en Méjico, Colombia y Venezuela.

En Africa, el imperialismo americano ha consolidado su bastión sudfricano, controla el Congo y trata de controlar, con bastantes garantías de éxito, la independencia de la más importante de las colonias portuguesas, Angola. El mundo árabe, con sus arcaísmos y contradicciones internas, nunca será enemigo importante para el imperialismo, sino una marea propicia para el despliegue de toda clase de maniobras de división. Más aún, Oriente Medio, manejando adecuadamente el binomio clave Israel-petróleo, es, hoy por hoy, la gran cocina mundial de la estrategia imperialista de los Estados Unidos. En ella se ha cocinado, y continúa a la lumbre, la más importante operación de reafirmación hegemónica norteamericana de los últimos tiempos. Tal fue el resultado principal de la última guerra árabe-israelí y de la crisis del petróleo desencadenada por ella, cuidadosamente manipuladas ambas contra Europa Occidental, Japón y los movimientos revolucionarios árabes. Como con toda exactitud se ha dicho, se trataba, y se trata, de «afirmar y consolidar la posición hegemónica de la economía americana en el seno del capitalismo mundial; posición que la competencia de las economías alemana y japonesa, entre otras, habían puesto en evidencia en más de una ocasión» (1). Manipulando adecuadamente la crisis del petróleo, «el capitalismo americano habrá culminado una de las operaciones más espectaculares y estratégicamente mejor planteadas de los últimos tiempos» (2). La actual táctica de miedo planeado, con amenazas de intervención militar en el golfo Pérsico, sigue respondiendo a la misma estrategia. Se trata, para Norteamérica, de no perder la dirección de la crisis, hábilmente alimentada por ella desde sus inicios hasta límites convenientes. Se trata, dentro de ese contexto, de controlar la posible futura guerra árabe-israelí y capitalizarla como la anterior. El fin último de

(1) J. Muñoz, S. Roldán y otros: «La economía española 1973». Edicusa, 1974. Página 89.

(2) Ídem. Id.



La revolución peruana no trata realmente de abolir el capitalismo, sino de reestructurarlo sobre bases modernas nacionales. Su meta, en definitiva, no es el socialismo, sino el capitalismo nacional. En la foto, el Presidente Velasco Alvarado durante una concentración conmemorativa de la nacionalización del petróleo.

PERU

LA REVOLUCION ANTE EL IMPERIALISMO

la estrategia americana en curso no constituye ningún misterio insondable: consiste en intensificar la dominación imperialista como única vía de respuesta a la aguda

puesto se ha desequilibrado. La balanza comercial ha acusado un fuerte déficit (3.000 millones de dólares), frente al superávit de 1973» (3).

José Acosta Sánchez

crisis interna del capitalismo en el interior de los Estados Unidos. Los datos a este respecto son concluyentes: «En 1974, la inflación (12 por 100 de alza de los precios) se ha conjugado con la recesión (disminución de la producción industrial) y al paro (siete millones de trabajadores sin empleo). El presu-

A la vista de ese panorama del imperialismo hegemónico a nivel mundial, y de su crisis interna, hay que evaluar el futuro de los regímenes políticos occidentales que amenazan, directa o potencialmen-

(3) J. Mornand: «Le dollar, malade de la crise». «Nouvel Observateur», núm. 534, febrero 1975.

te, su estructura. Más concretamente, todo análisis de los regímenes del Perú y de Portugal pasa forzosamente por esa perspectiva. El actual régimen peruano se enquistó en 1968 en la estructura imperialista de Sudamérica, entorpeciendo la marcha de la operación contrarrevolucionaria. El régimen portugués del 25 de abril, por su parte, está siguiendo un rumbo que no es el previsto por Norteamérica a la caída de Caetano y, por varios cauces, oblitera la estrategia imperialista en el Mediterráneo y Oriente Medio (utilización de la base americana de Lages, en las Azores, ahora problemática).

El destino de esos dos regímenes peculiares marcará la historia de nuestro tiempo, como la ha marcado ya el del régimen chileno de la Unidad Popular.

Nosotros vamos a ocuparnos en este trabajo del análisis del caso peruano, cuyo derrotero se perfila peligrosamente tras la última y sangrienta crisis de Lima. En tal dirección, seguiremos el siguiente método: a), detectar las interferencias fundamentales de dicho régimen en el plan general del Imperialismo en Sudamérica; b), desentrañar las contradicciones internas del régimen peruano que pueden permitir al imperialismo su liquidación.

El régimen militar peruano

El actual régimen peruano nació el 3 de octubre de 1968, poniendo fin al intento reformista de Belaúnde, iniciado en 1963, y cerrando un ciclo de la historia peruana que había comenzado en los años cincuenta. Efectivamente, «a partir de los años cincuenta —afirma Felipe Portocarrero— la sociedad peruana ingresa en un período de importantes transformaciones, que se manifiestan en el creciente predominio que adquiere el polo urbano-industrial de la economía y por la aparición de nuevas modalidades de penetración del imperialismo en las actividades industriales, comerciales y financieras» (4).

La aparición del nuevo régimen en el Perú respondía, fundamentalmente, a tres factores: a) el fracaso del movimiento guerrillero, del «heroico intento guerrillero de 1965...», que intentó «hacer realidad el sueño de convertir los Andes en una gran Sierra Maestra» (5); b) la incapacidad de los partidos tradicionales —Alianza Popular Revolucionaria (APRA), de Haya de la Torre, y Acción Popular, de Belaúnde Terry—, y c) la formación en el interior del Ejército de ciertas corrientes reformistas y ant imperialistas, en virtud de la

(4) F. Portocarrero: «La coyuntura económica: Conciliación y lucha de clases», artículo en «Sociedad y Política», núm. 3, Lima, mayo 1973. Pág. 4.

(5) Héctor Béjar: «Las guerrillas de 1965: Balance y perspectiva». Biblioteca Peruana. Lima, 1973. Págs. 8 y 9.

LA REVOLUCION ANTE EL IMPERIALISMO

incidencia de dos factores: 1) el hecho de que la mayoría de los mandos intermedios del Ejército de Tierra se reclutase de la pequeña burguesía provincial mestiza, que conocía de cerca las misérrimas condiciones de existencia del campesinado y había sentido en sus propias carnes la dominación de la oligarquía latifundista, y 2) la creación del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), por Decreto-ley del 14 de julio de 1950, que iba a dinamizar la toma de conciencia antiimperialista de los sectores del Ejército de Tierra mencionados.

Existen diversas versiones acerca de las finalidades y circunstancias de la creación de ese centro, que tanta importancia iba a tener en el desarrollo de la historia peruana. Nosotros nos acogemos a la razón que da Víctor Villanueva en su estudio «El CAEM y la revolución de la fuerza armada»: «Fue la presión de los altos círculos profesionales del Ejército la que obligó a la dictadura de Odría a ceder, pues no le convenía en manera alguna enemistarse con su única fuente de poder» (6). Dicho en otros términos, Villanueva sienta la tesis de que la creación del CAEM peruano, cuna de la actual revolución, no debe insertarse simplistamente en la línea del War College creado en los Estados Unidos en 1947, el Centro de Altos Estudios del Ejército argentino, creado en 1943, y la Escuela Superior de Guerra, creada en Brasil en 1949, a pesar de la sospechosa continuidad cronológica. Las contradicciones actuales entre el régimen peruano y el imperialismo americano avalan, de alguna manera, la opinión de Villanueva.

A partir de la constatación de la transformación señalada en los cuadros del Ejército de Tierra peruano, el golpe de Estado de 1968 se desencadena en virtud de la reacción que produce en esos núcleos politizados del Ejército la debilidad del Gobierno de Belaúnde frente a la International Petroleum Company, filial de la Standard Oil de New Jersey, que controlaba el petróleo del país, así como su refinaje, y adeudaba al Estado peruano unos atrasos fiscales que serían valorados más tarde por el régimen militar en 690 millones de dólares. Entrampado en el problema, incapaz de apelar a una movilización popular y enfrentarse abiertamente con el imperialismo mediante la nacionalización de la compañía americana, Belaúnde optó por una componenda que le conduciría a la ruina política: mediante la célebre Acta de Talara, la IPC consiente en una nacionalización de sus pozos de petróleo a cambio de quedarse con la refinería y de que el Gobierno peruano anulase la deuda fiscal. El escándalo estalla cuando sale a la

luz pública el bochornoso asunto de la desaparición de la página 11 del Acta de Talara, en la que, precisamente, se concretaban los precios a los que el Gobierno peruano suministraría el petróleo a la refinería norteamericana. Días más tarde, el golpe militar del 3 de octubre saja la purulenta situación y abre un nuevo estadio en la historia del Perú. Consecuentemente, el primer acto de afirmación del nuevo régi-

es indiscutible. Lo primero, en cuanto el régimen peruano pone en marcha en 1968 una **revolución desde arriba**, y, de otra parte, no partió de un movimiento de masas. Su carácter progresista, de otro lado, se constata en la medida en que ha dinamizado las fuerzas productivas peruanas, anquilosadas antes.

Desde ese su primer rasgo, puede entenderse cómo el régimen peruano sale a la historia de su país con

contiene la definición de la que hemos partido son también de un gran interés en el momento de analizar los posibles derroteros de la revolución peruana. El primero de ellos —carácter antioligárquico y antiimperialista— nos marca la zona de choque del régimen con la burguesía nativa y la burguesía imperialista, simultáneamente. El último rasgo —la ambigüedad anticapitalista de la «revolución desde



El régimen peruano interfiere gravemente el plan de reestructuración de carácter fascista puesto en marcha por el imperialismo americano en la región tras su fracaso en Cuba. En la foto, Castro durante su escala en Lima en diciembre de 1971.

men iba a consistir en la nacionalización de la IPC, sin indemnización. La revolución peruana nació, así, marcada frente al imperialismo desde su cuna.

Ideología de la revolución peruana

El análisis del régimen peruano pasa por una tarea indispensable, a saber, la de su caracterización política e ideológica. En tal sentido, definimos al régimen peruano como un sistema político autoritario y progresista, de clara vocación antioligárquica y antiimperialista y de **ambiguo carácter anticapitalista**. Por compleja que parezca dicha definición, la creemos insustituible y científica, en cuanto abarca los rasgos configuradores esenciales del régimen en cuestión. El primero de ellos —autoritarismo progresista—

un carácter revolucionario **sustitutivo**, en la forma en que lo entiende Maurice Najman: «El Ejército sustituye a la burguesía nacional paralizada por los lazos que le unen al imperialismo, al mismo tiempo que sustituye al movimiento obrero, paralizado por la derrota de su vanguardia... Esta doble sustitución —sigue diciendo el autor— le impone ir demasiado lejos, desde la perspectiva de la burguesía, y no lo bastante, desde el punto de vista del proletariado» (7).

Con esas precisas conclusiones de Najman, estamos ya ante una primera delimitación de la **ambivalencia** del régimen peruano, clava para discernir su posible incapacidad a la hora de resistir los futuros y seguros ataques del imperialismo.

Los dos rasgos restantes que

arriba—, completando al primero, nos va a descubrir qué contradicciones internas hacen vulnerable el régimen peruano a la contraofensiva imperialista, ya en marcha.

Verifiquemos a continuación los avances del régimen en el primer plano, o sea, los resultados de su batalla contra la oligarquía y el imperialismo.

Ofensiva de la revolución peruana contra la oligarquía y el imperialismo

Para valorar con rigor los logros del régimen peruano en este terreno hay que partir de las condiciones en que la revolución encontró a Perú en 1968. A nivel político, la estructura del bloque en el poder era tan elemental como férrea: dominaba una poderosa oligarquía te-

(7) Maurice Najman: «La "Révolution" péruvienne». «Le Monde Diplomatique», febrero 1975. Pág. 30.

(6) V. Villanueva: «El CAEM y la revolución de la Fuerza Armada». Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1972. Pág. 40.

rateniente y minera, sirviéndose del Ejército y los partidos tradicionales y articulándose estrechamente al imperialismo americano, de quien dependía en última instancia. El grado y concentración de la dominación oligárquica se reflejaba con toda nitidez en la estructura de la propiedad agraria: 3.780 latifundistas controlaban el 76 por 100 de la tierra, mientras que, del otro lado, y separados por una valla de poder, 708.000 pequeños propietarios se repartían en condiciones miserables el 5,5 por 100.

La extensión y profundidad de la dominación del imperialismo se transparentaba en las siguientes cifras y datos: «Las compañías extranjeras controlaban la casi totalidad del sector minero (la Cerro de Pasco, la Southern Perú y la Marcona controlaban el 80 por 100), la parte esencial de la producción de azúcar y de las pesquerías, la comercialización del algodón y del café, el 90 por 100 de los transportes, más del 95 por 100 de la producción, refinaje y comercialización del petróleo, cuatro de los seis grandes Bancos, así como las compañías de seguros ligadas a ellos, el 70 por 100 del capital de los 170 grupos industriales de importancia, lo esencial de las importaciones y de las exportaciones. Una sola cifra resumía la amplitud de semejante explotación: entre 1960 y 1965, los monopolios extranjeros invirtieron 58 millones de dólares y retiraron 347 (8).

Como afirma M. Najman, «miseria y dependencia son las dos palabras que pueden caracterizar al Perú de "antes"» (9).

El nuevo régimen peruano planteó su ofensiva contra la oligarquía y el imperialismo en forma escalada y contundente, según las directrices marcadas en el célebre Plan Inca o Plan de Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, que «fue mantenido en riguroso secreto por razones de estrategia política durante más de seis años y fue dado a conocer al Perú por Velasco Alvarado, en su mensaje a la nación el 28 de julio de 1974» (10). El primer párrafo del mismo resume en los siguientes términos el objetivo global del nuevo régimen: «La revolución de la Fuerza Armada llevará a cabo un proceso de transformación de las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales, con el fin de lograr una nueva sociedad, en la que el hombre y la mujer peruanos vivan con libertad y justicia».

La ofensiva contra la oligarquía agraria estaba contenida en el punto 4 del Plan Inca, que marcaba como objetivo de la revolución la «transformación de la estructura agraria para alcanzar lo antes posible un régimen justo y eficaz basado en el principio de que "la



La aparición del nuevo régimen en el Perú obedecía a varios factores, entre ellos el fracaso del movimiento guerrillero en 1965 y la incapacidad de los partidos tradicionales: el APRA, de Haya de la Torre, y Acción Popular, de Belaúnde Terry. En la foto, Haya de la Torre durante una visita a Madrid.

tierra es de quien la trabaja" (11). Tal objetivo se materializaría en la Reforma Agraria, decretada el 24 de junio de 1969, que iba a suponer la expropiación, con indemnización, de los latifundios y la puesta en marcha de un sistema de explotación agrícola cooperativista, en unas zonas, y en otras, el reparto de la tierra expropiada entre el campesinado, que comenzaría a pagarla al término de cinco años en ventajosas condiciones. La Reforma Agraria, además de dirigirse contra la oligarquía, tenía también una importante vertiente antiimperialista: la expropiación de los grandes complejos azucareros de la costa, el 70 por 100 de los cuales se encontraba en poder de empresas extranjeras. En la misma línea de ofensiva antioligárquica ha de interpretarse otra importante medida tomada posteriormente: la socialización de la prensa decretada el 27 de julio de 1974.

En el plano antiimperialista estricto, la ejecutoria del régimen peruano ha sido tan espectacular y ascendente como en el plano antioligárquico. Las bases de la ofensiva en este terreno se hallaban igualmente contenidas en el Plan Inca. En el punto 1 de éste se afirmaba: «Todas las etapas de la actividad petrolera estarán exclusivamente a cargo del Estado», y en el punto 8 se fijaba el objetivo de conseguir «el máximo desarrollo del potencial minero, poniéndolo al servicio del país, mediante la actividad predominante del Estado». En el plano industrial, el punto 7 sentaba el siguiente principio: «Asegurar la participación activa del Estado como gestor dinámico del desarrollo industrial, reservando en forma exclusiva la explotación de la industria básica... Disminuir la dependencia del extranjero».

Ni el más exigente puede acusar de inconsecuencia al régimen peruano respecto al programa que se trazó en el plano antiimperialista, a la vista de sus acciones en ese terreno: expropiación del complejo industrial de Talara, propiedad de la IPC, a los seis días de la toma del poder y ocupación de los cam-

pos petroleros de Brea y de Parinas; nacionalización del teléfono; expropiación de los yacimientos mineros; nacionalización de la energía eléctrica; toma de la Standard Oil y expropiación de las empresas productoras de harina y de aceite de pescado; estatización de la producción de cemento; expropiación de la Cerro Pasco, el mayor complejo minero del Perú, propiedad de los grandes monopolios americanos; expropiación de las empresas del grupo Grace, etcétera.

La estructura del imperialismo en Sudamérica y la revolución peruana

La simple descripción de ese repertorio de acciones contra los intereses americanos basta para comprender por qué «para los grandes monopolios americanos el Perú es un mal ejemplo». Sin embargo, quedaría incompleto el análisis en este importante terreno si, además de constatar el perjuicio directo inferido por el régimen peruano al imperialismo en la propia piel del Perú, no analizáramos los efectos de la presencia de dicho régimen en la estructura del imperialismo en el cono Sur de América.

En tal sentido, nos parece evidente que el régimen peruano interfiriera gravemente el plan de reestructuración de carácter fascista puesto en marcha por el imperialismo americano en la región a partir de su fracaso en Cuba. Ese plan configura una nueva estrategia de dominación que llegó, desde la consolidación de la revolución cubana, para sustituir a la estrategia histórica del imperialismo anglosajón en Sudamérica, que databa de la emancipación de las colonias españolas. Esta consistía en la instauración y manipulación de democracias constitucionales y dictaduras de hecho. A partir de la caída de Batista, semejante estrategia se reveló como una vía abierta a la revolución. La contaminación cubana exigía al imperialismo que acabase hasta con las apariencias; hasta la pura apariencia, hasta la delgada sombra de la democracia resultaba ya peligrosa en

Sudamérica. Ahora se trataba, ya abiertamente, de la jubilación de la democracia constitucional, o, dicho en otros términos, de la **constitucionalización de la dictadura**. O sea, se trataba de la implantación desnuda del **fascismo**, como método dominante de acumulación de capital y de explotación imperialista.

A nivel geopolítico, esa estrategia nueva tenía un eje, Brasil, y unos parámetros esenciales: el bloqueo del incontrolable populismo argentino, la eliminación de la democracia en Bolivia, Uruguay y Chile, y la satelización de estas tres naciones por Brasil.

En definitiva, la nueva estrategia suponía la reinstalación y reafirmación del imperialismo norteamericano en el cono Sur de América sobre la base de un subimperio brasileño.

En el contexto de ese plan de reestructuración imperialista, determinado por la presencia de la revolución cubana, el régimen peruano es un quiste a extirpar con toda urgencia, en cuanto, no sólo constituye un «mal ejemplo», sino un estorbo material a una de las principales proyecciones del subimperialismo brasileño: su salida al Pacífico, a través de Bolivia y Chile. La consolidación del régimen antiimperialista de Perú supondría un peligro permanente en un costado de ese proyecto y, de otra parte, la peligrosa posibilidad de una «entente» argentino-peruana que rompiera, de un lado, al bloqueo de Argentina, y de otro, representase una tenaza contra Bolivia, área clave para la dominación del cono Sur. Mariano Malaver ha desarrollado este importante punto de la cuestión en los siguientes términos: «Por razones estratégicas, el gobierno brasileño se ocupa en evitar que Argentina acceda a los yacimientos bolivianos de mineral de hierro en Santa Cruz de la Sierra..., que constituyen la única posibilidad conocida para el desarrollo intensivo de la siderurgia argentina. Se comprenden desde ahí las razones que impulsaron a Brasil a financiar la construcción de un complejo siderúrgico en Bolivia, en las riberas del Paraguay, capaz de producir 250.000 toneladas anuales. El Brasil se compromete, además (a pesar de que posee reservas fabulosas de mineral de hierro, propias en Serra de Carajas) a comprar el excedente de consumo interno boliviano» (12). Por lo que respecta al gas boliviano, también necesario a Argentina, Brasil ha puesto en marcha otra operación semejante. Todo ello en función de que «Bolivia constituye el eje de la apertura brasileña hacia el Pacífico, la cual, según la estrategia de Brasil, deberá alcanzar Chile» (13). A la luz de esa estrategia brasileña ha de interpretarse el «fraternal» y

(8) Idem, id.

(9) Idem, id.

(10) El Plan Inca. Editado por J. L. Cabrera. Lima, 1974. Introducción del editor.

(11) Idem. Pág. 11.

(12) Mariano Malaver: «La Bolivia dans les griffes du Brésil», Revista «Afrique-Asie», núm. 58, junio de 1974, Pág. 44.

(13) Idem, Pág. 45.

LA REVOLUCION ANTE EL IMPERIALISMO

reciente abrazo de Pinochet y Banzer en la frontera de sus países. A la misma luz ha de comprenderse que Argentina se vea cada día más obligada a «estimular discretamente conspiraciones contra el régimen de Banzer» (14).

Analizado dentro de ese contexto de tensiones, adquiere congruencia lo que ocurre en los últimos meses en Perú, centro de presiones múltiples desde la caída del régimen de la Unidad Popular en Chile. Desde mediados del año 1974 se hace patente «una campaña contra el Gobierno peruano a través del diario brasileño "O Estado de Sao Paulo", controlado por un grupo financiero propietario. Igualmente, de la agencia de prensa "Latin", que defiende los intereses americanos en el continente» (15). Igualmente significativo es el programa de reequipamiento militar del Ejército chileno, «por su carácter netamente ofensivo y exageradas proporciones», como ha denunciado Rodríguez Santos (revista «Afrique-Asie», febrero de 1975, número 75, página 35). El cuadro se completa con el eco que recibe en La Paz la campaña antiperuana. El clima belicista antiperuano se extiende con múltiples finalidades. En el interior de Perú, las fuerzas de la oligarquía se movilizan y reagrupan en torno a los partidos tradicionales, y a la sombra de Brasil y Norteamérica. Se habla de tentativas de creación de un «Gobierno en el exilio». Se intenta boicotear la construcción por una firma japonesa del oleoducto de 800 kilómetros, que llevará a la costa el petróleo peruano de la selva y convertirá en breve plazo a Perú en un país exportador de este producto, lo que supondría la consolidación de la revolución peruana —de ahí la urgencia de la contrarrevolución—. Se hace ondear la bandera de la crisis económica peruana, cuando realmente el producto nacional bruto ha sufrido un incremento en 1974 del 6,3 por 100, frente a un aumento en el 73 de un 5,6 por 100...

En fin, subyace en toda esta campaña interna y externa contra el régimen peruano, por expresarlo con palabras de Neiva Moreira, un anuncio urgente, cursado a las alas más reaccionarias del Ejército peruano: «Se busca un nuevo Pinochet».

Sin tratar de establecer una relación de causa a efecto, sino para ilustrar nuestro análisis solamente, exponemos a continuación dos hechos aleccionadores. En el «Wall Street Journal», de Nueva York de 31 de enero pasado, Everett T. Martin, en un artículo fechado en Lima, afirma que, «basados en el Plan Inca, los militares están cambiando tranquilamente las estructuras económica y social del Perú», y que «el proceso peruano ha pasado casi in-

advertido junto al ruidoso derrumbamiento del experimento marxista en Chile» (Boletín Informativo de la Cancillería peruana de 1 de febrero de 1975). Apenas una semana después, estalla en Lima el amotinamiento de la Guardia Civil con sangrientos resultados. Una conclusión se impone: el proceso revolucionario peruano no puede proseguir «inadvertido», ni «tranquilamente», ni impunemente.

Las contradicciones internas de la revolución peruana

Según hemos podido comprobar, la batalla antioligárquica y antiimperialista del régimen peruano ha sido real. Sin embargo, el éxito en ese combate no libera a la revolución de sus contradicciones internas. Al contrario, las ha hecho aflorar. Tales contradicciones tienen su fuente última en aquellos dos ras-

Lo que implicó, de origen, una inarticulación entre el Estado y la base social, inarticulación que no desapareció con la creación del SInamos (órgano creado en 1972, como vehículo de la participación ciudadana en las tareas sociales y económicas), dado su carácter centralizado, burocrático y paternalista. Por decirlo con palabras de Aníbal Quijano, una de las principales contradicciones de la revolución peruana consiste en que se basa en «un ejercicio de poder paternalista, tecnocrático y autoritario, que implica una práctica desmovilización de las masas» (16). Tal desmovilización constituye el «talón de Aquiles» de la revolución peruana, que se revelará decisivo a medida que avance la contraofensiva imperialista.

La otra fuente de contradicciones del régimen peruano es su ambigüedad anticapitalista, que está contenida en el mismo Plan Inca, que dice en su segundo párrafo lo siguiente: «Esta revolución será

distanciamiento ideológico, muy enfatizado, de los sistemas políticos dominantes, o sea, ni capitalismo ni comunismo; b) la actuación del Estado como agente principal de un proceso de acumulación de capital de carácter nacional, o sea, nacionalismo y estatismo, y c) la conciliación de las clases, o sea, superación de la lucha de clases, mediante una organización política y económica de carácter corporativista y cooperativista, respectivamente.

El programa real que subyace en todo ese planteamiento «tercerista» es el que subyace realmente en la revolución peruana: no se trata de abolir el capitalismo, sino de reestructurarlo sobre bases modernas y nacionales, eliminando a la oligarquía agraria, como clase arcaica, y recortando y controlando la dominación del capital extranjero. La meta, en definitiva, no es el socialismo, sino el capitalismo nacional. «Se trata —como ha dicho A. Quijano— no tanto de erradicar la dominación imperialista en tanto que dominación capitalista, sino considerando que se trata de un problema de dominación extranjera».

La ambigüedad anticapitalista no existe, pues, en la realidad, pero sí en la formulación que el régimen peruano hace de la revolución. El carácter en última instancia capitalista de ésta quiere quedar oculto en la ideología nacionalista, humanista y cristiana del régimen militar. Lo cual no es una cuestión baladí, sino de grave trascendencia política: en la medida en que es una vida más de desmovilización de las masas populares —que no saben exactamente dónde van ni dónde está el enemigo principal—; en la medida, también, en que es una fuente de confusión para la propia burguesía —que no comprende que el régimen la convoque a la tarea de la industrialización y a la vez proclame el socialismo como objetivo final, o sea, su liquidación como clase—; en la medida, por último, en que es un veneno de contradicciones para el propio régimen —que con su ambivalencia ideológica convierte los que serían problemas superables de un proceso de reestructuración de una sociedad capitalista, en contradicciones insuperables de múltiples efectos.

Tales contradicciones han tomado ya carne en la sociedad del Perú. Las generadas en torno a la Reforma Agraria son especialmente visibles. De una parte, el sistema cooperativista implantado en ciertas áreas del campo está engendrando inéditos antagonismos entre los propios campesinos. «La cooperativa —se ha dicho— tiende a reproducir en su seno las condiciones capitalistas: diferencias salariales, diferencia de envergadura económica, empleo de fuerza de trabajo exterior, que ella explota, etcétera». Se fomenta una tendencia hacia el «cooperativismo» y se introduce la utopía de «un sistema capitalista



Velasco Alvarado condecora a Allende en el transcurso de una ceremonia en el palacio presidencial de Lima en septiembre de 1971.

gos del régimen peruano que ya reseñamos —su autoritarismo y su ambigüedad anticapitalista—, y precisamente porque estaban implícitas en la revolución, el desarrollo de ésta las hace aflorar.

El autoritarismo del régimen peruano es flagrante: el plan de la revolución lo decidieron en secreto los mandos militares sin la participación de las masas populares.

nacionalista, independiente y humanista. No obedecerá a esquemas ni dogmas. Sólo responderá a la realidad peruana». Tal definición está impregnada de la vaguedad que caracteriza a las llamadas «terceras vías» políticas. Estas se implantan sobre tres principios básicos: a) un

(16) Aníbal Quijano, entrevista en la revista «Caretas», de Lima, núm. 473, marzo, 1973, Pág. 188.

(14) Idem, id.

(15) Rodolfo Gerschman: «Conspiración déjouée», Revista «Afrique-Asie», núm. 62, agosto de 1974. Pág. 37.



Bolivia constituye el eje de la apertura brasileña hacia el Pacífico, la cual, según la estrategia de Brasilia, deberá alcanzar Chile. A la luz de esa estrategia brasileña ha de interpretarse el «fraternal» y reciente abrazo de Pinochet y Banzer en la frontera de sus países. (En las fotos: derecha, Pinochet; izquierda, Banzer.)

sin capitalista», primera condición para el restablecimiento de un sistema capitalista con capitalistas.

Por otra parte, en aquellas áreas que la tierra fue repartida entre el campesinado están surgiendo tensiones entre éstos y el Gobierno. Este año los campesinos tienen que empezar a pagar la tierra con la amarga perspectiva de que su dinero irá a parar a sus antiguos amos, pues el Estado canalizará esos ingresos para cubrir las indemnizaciones que aún debe a los latifundistas expropiados. Y se resisten. «No rehusan pagar, pero quieren que su dinero sirva para crear un Fondo Nacional para el desarrollo agrario, no para enriquecer a sus antiguos patronos».

En tercer lugar está fallando la más ambiciosa meta de la Reforma Agraria, la cual no perseguía sólo la eliminación de la oligarquía agraria y de la miseria campesina, sino, también, otro gran objetivo: la impulsión del desarrollo industrial urbano, a base de que las grandes indemnizaciones pagadas a los latifundistas se invirtieran en la industria, mediante un complicado sistema de coacciones y estímulos. Hoy se tiene conciencia de hasta qué punto «era una ilusión que la oligarquía absoluta se transformase en uno de los motores del desarrollo económico del país». La oligarquía, por propia determinación clasista, no tiende a cooperar con la revolución que la ha expropiado, sino a conspirar contra ella, para recuperar sus posiciones anteriores.

Y si la oligarquía agraria se niega a jugar el papel que le marca la revolución, la burguesía urbana sabotea, por su parte, la nueva propiedad social y la participación del trabajador en la gestión y beneficios de la empresa, decretada por el régimen mediante las leyes de Industria y Comunidad Industrial, de julio y septiembre de 1970, y la de Propiedad Social de abril de 1974. «Los patronos —afirma M. Nadja— utilizan todos los medios a su alcance para sabotear el funcionamiento de las «comunidades de trabajo» o para estimular un espíritu neocapitalista en los trabajadores. Ocultan sus libros de contabilidad, hablan inglés durante las sesiones del Consejo de Administración, prometen primas especiales

para comprar a los obreros, crean empresas fantasmas, aumentan los salarios de los directivos y administrativos...».

Y de la misma forma y con mejores armas que la burguesía urbana y la oligarquía, el imperialismo sabotea una revolución cuyos dirigentes se muestran «por un lado dispuestos a modificar las relaciones de dependencia, y por el otro interesados en que los capitales extranjeros... prosigan la explotación industrial del país» (17).

Las alternativas de la revolución

No se trata ahora, a nuestro juicio, de dar simplistamente la razón a la crítica de la izquierda, en el sentido de reconocer que ha pasado lo que tenía que pasar a partir de las insuficiencias y ambigüedades del régimen de Velasco Alvarado. Pues, si la crítica de la izquierda es válida, a su vez ha de soportar otra crítica: que, con todas sus limitaciones, el régimen peruano dio la cara en 1968 para llenar un vacío revolucionario que la izquierda había sido incapaz de cubrir. O sea, la razón de la crítica de la izquierda pasa por la crítica de su razón.

Ante la contraofensiva imperialista y oligárquica en marcha, ¿cuáles son las alternativas de la izquierda y del régimen peruano? Para aquella creemos, ya no es la hora de la crítica, sino la de cooperar al sostenimiento de las tareas valiosas que el régimen militar ha logrado honradamente, y de la única forma que sabía y podía. Se trata, por encima de todo, de evitar un nuevo Chile, que redondearía la operación contrarrevolucionaria en Sudamérica, aplazaría «sine die» la implantación del socialismo en Perú y lanzaría al exilio indefinido a las últimas tropas revolucionarias del área.

Respecto a las alternativas del régimen peruano, sólo parece haber una correctamente revolucionaria, la que plantea la pregunta de Rodolfo Gerschman: «¿Será capaz el Ejército peruano de culminar con el pueblo una revolución que comenzó sin él?» (18). ■ J. A. S.

(17) Julio Cotler y otros: «Perú: hoy». Siglo XXI. Méjico, 1971. Pág. 128.

(18) Rodolfo Gerschman, artículo «Le pari des militaires-Perú», en «Afrique-Asie», núm. 55. Pág. 49.

Carta del embajador de Perú

DISTINGUIDO amigo: Respecto al artículo «El desafío a la vida peruana», publicado en el último número de su prestigiosa revista, permítame formular las siguientes salvedades:

— El restablecimiento de relaciones diplomáticas entre el Perú y Cuba ocurrió en julio de 1972, y no en octubre de 1968, como dice en el suelto.

— Si hay alguna agrupación política peruana que inició y prosigue en mi país el modelo fascitizante de organización, con tropas de choque, técnicas de ataque a manifestaciones opuestas, disciplina vertical interna y sanciones para quienes dejan el partido, es justamente el APRA, que no organizó ni proyectó jamás una verdadera revolución, si por ésta se entiende un movimiento que favorezca realmente a las auténticas mayorías nacionales y que transforme radicalmente las estructuras del poder, provocando una transferencia de él hacia dichas mayorías.

— Los graves sucesos últimos ocurrieron exclusivamente en el centro de la ciudad de Lima el 5 de febrero por la mañana, y no el 4 de tal mes, como anticipadamen-

te se afirma. Los disturbios además no tuvieron reflejos en ninguna otra ciudad.

— El número definitivo de bajas es el siguiente: ningún muerto entre los guardias civiles, sólo siete heridos, y 86 muertos entre los saqueadores de tiendas e incendiarios de edificios, además de 162 heridos, saldo verdaderamente doloroso para la Revolución Peruana, que ascendió al poder en forma pacífica, sin una sola víctima que lamentar, y que se comportó de igual modo frente a los últimos, aunque escasos, actos de terrorismo, desusados en la vida peruana. — Y, por fin, no es cierto que los guardias civiles huelguistas pidieran la dimisión del general Enrique Ibáñez Burga.

En suma, a pesar del sangriento motín del 5 de febrero, la Revolución Peruana continuará con sus radicales y pacíficas medidas de justicia social, propiciando además una efectiva participación popular en el proceso.

Con este motivo, reitero a usted el testimonio de mi viejo aprecio personal y le ruego publicar esta carta. ■ General Div. NICOLAS E. LINDLEY, embajador del Perú.

Protesta de los escritores peruanos

LOS firmantes, escritores comprometidos con la Revolución Peruana, se dirigen a la opinión internacional responsable para denunciar lo siguiente:

1. Los hechos de violencia y pillaje ocurridos el miércoles 5 de febrero en Lima tuvieron un claro propósito subversivo. La presencia de estudiantes de la Universidad Villarreal, tradicional centro del Partido Aprista, así como la acción de grupos provocadores, de piquetes armados de latas de gasolina, de motocicletas que arrojaban artefactos incendiarios y de grupos especialmente equipados para romper puertas de centros comerciales e incitar al saqueo, demuestran la sincronización de un movimiento que creemos conducido por la Central Intelligence Agency (CIA), y realizado por los cuadros de choque del Partido Aprista.

2. Estos hechos obligan a pensar que la CIA busca repetir en nuestro país la maniobra «desestabilizadora» que instrumentó en Chile. Todo indica que la CIA ha aplicado aquí un «test subversivo» para probar condiciones que permitan planear una mayor acción contra el Perú.

3. Sin embargo, esta agresión ha servido para robustecer la militancia popular en torno a la conducción revolucionaria del Gobierno, así como el rechazo de las clases medias al uso de la vio-

lencia contra un proceso de cambios pacífico. La artificial situación subversiva fue inmediatamente controlada por la Fuerza Armada, cuya unidad ha sido en todo momento inmovible. Al mismo tiempo, un gran movimiento de fuerzas populares, que estaba ya en gestación, se materializa en estos días como la mejor respuesta a la maniobra contrarrevolucionaria.

4. Reafirmamos nuestra identificación con un proceso revolucionario nacional que busca la superación del comunismo y del capitalismo en una sociedad autogestionaria de participación plena. Convocamos a la opinión democrática y progresista a sumar su protesta a la nuestra contra la CIA, que, aliada con la contrarrevolución aprista, ha intentado destruir el proceso de cambios más importante y genuino que ha tenido lugar en la historia de nuestro país. ■

José Adolph, Alonso Alegría, Omar Aramayo, Alfredo Barnechea, Carlos Germán Belli, Enrique Carrión, César Calvo, Arturo Corcuera, Alberto Escobar, Augusto Escibens, Eduardo González Viaña, César Hildebrandt, Vladimir Herrera, Mirko Lauer, Hugo Neira, Abelardo Oquendo, Julio Ortega, Mario Razzeto, Julio Ramón Ribeyro, Roger Rumrill, Eleodoro Vargas Vicuña, Raúl Vargas, Enrique Verastegui.